

Otarios

Ocean Avenue, esquina a Santa Monica Boulevard. Palmeras fornidas, altas pero no tanto como las de tronco grácil y florón final que salpican el horizonte angelino; un Pacífico gris, insípido e inodoro, a cuyo borde el tiovivo enclaustrado de las viejas postales sigue girando con falsa música de gramola. Y, perpendicular a las aguas, adentrándose en ellas, el ancho paseo de tarima mil veces remendada. Largo brazo artificial, frecuentado durante el día por jubilados a los cuales apetece, y conviene, darse una vueltecita, y pescadores que apoyan su caña en la barandilla o la sostienen, sentados a horcajadas en los balaustres, sobre un vaivén de espuma y desperdicios, picoteado con saña por las gaviotas.

A un costado y a otro, puestos de comida —cartuchos de cangrejo cocido o *hot dogs*— y kioskos de recuerdos marinos —barquitos en botellas de *gin*, escualos de juguete, cajas de conchas—, muchos de ellos adornados ocasionalmente con ramilletes de *union-jacks*, pues la numerosa colonia británica que

deambula por los alrededores se siente cabreada estos días a raíz de la Guerra de las Malvinas —acaban de hundirles el crucero *Sheffield*—, y hace acopio de toda suerte de enseñas patrias con el propósito de agitarlas a la primera ocasión.

Eso, mientras hay luz, porque hacia el atardecer, con el sol camino de hundirse en el océano, sin un solo pescador a la redonda y los tenderetes cerrados o recogidos hasta la mañana siguiente, los jubilados prescindan de cualquier solaz, ateridos por un súbito frío del carajo, y desfilan —los *britons* rumbo a sus pubs y los decrepitos, a su consabido *shangri-la*—, ante el anuncio de tijera que, situado en el borde mismo del asfalto para que tanto pueda ser leído por peatones como por automovilistas, reza en ambas caras: *Week-end nites. ROXIE'S SWINGTIME. Our Best Musical Days. Dine and Dance. Drinks. From 7'30 to 12'30 pm. (Sundays only till 10 pm)*. Dos flechas rojas, señalan en cada sentido la acera opuesta, al tiempo que recalcan el nombre del lugar en cuestión con pintura fosforescente: STERLING'S.

Puntuales, media docena de músicos igualmente al borde de la ancianidad y jubilados todos a excepción del fogoso batería, suben al estrado que preside el local, cada uno con su respectivo instrumento a cuestas, menos el *drummer*, cuyo artilugio no se desmonta y basta con empujar el escabel con un pie para dejarlo en el lugar debido. El pianista, asimismo retirado y de manos un tanto temblonas, ni siquiera ha de encaramarse a plataforma ninguna pues su *pleyel* yace a ras de

pista, al alcance del primer osado que quiera aporrearlo entre semana, rodeado de sonrisas sedientas y ojos perdidos que sabe Dios dónde.

Antiguos miembros de orquestinas tiempo ha desaparecidas, alguna de mítica resonancia, como las de Benny Goodman o Emil Coleman, y otras no tan prestigiosas pero que un día tocaron a sueldo de los cercanos estudios cinematográficos, constituyen por sí mismos la mejor prueba de que quien tuvo, retuvo. Siempre a excepción del batería, claro, para quien seguramente no cuenta más tiempo que el presente, y se limita a cumplir con su trabajo sin mayores ínfulas.

Así que, tras los obligados escarceos y afinamientos, con el sol ya sepultado fuera, creaciones inolvidables de Irving Berlin, de Cole Porter, de Jerome Kern, antiguos éxitos de Frank Sinatra, de Mary Martin, de Peggy Lee, reviven por arte del citado Roxie y sus animosos muchachos —quinientos años en total, incluyendo los treinta y tantos del *drummer*—, para irse desgranando a lo largo del *evening*, sobre un público amable que bebe, cena o baila, transportado a los mejores años del *American Way of Life* y las portadas del *Saturday Evening Post*, con Norman Rockwell como pintor nacional de cámara. Es decir, cuando el país, a punto de superar la Depresión, se sentía acolchado gracias a cierta fórmula que un presidente parálítico acababa de sacarse de la manga, o tal parecía, en sus arengas radiofónicas: trabajo honrado para todos, profundo respeto al vecino del jardín vecino y votos por un tubo.

*... I'll go my way by myself,
like walking under a cloud.
I'll go my way by myself,
all alone in a crowd...*

—Tu marido es de tango, Rosita.

—Bueno, él mismo lo reconoce.

—No quiero seguir hablando de eso. Es un tema que no me interesa.

—¡Pero si eres tú quien lo saca!

—Pues da igual, no me interesa. ¡Un tío que se deja llamar René...!

—Es un nombre francés.

—Peor me lo pones.

Cuando quiere cambiar de asunto, Babe recurre a tararear la letra de la canción de turno, sobre todo los estribillos que es lo que recuerda mejor, uniéndose por lo bajinis al propio Roxie en el caso de que éste la entone también —poca voz pero muy buen oído—, mientras apoya el trombón en su muslo izquierdo. Ahora, por ejemplo, ambos rematan al unísono:

—... *I'm by myself, alone.*

Babe tiene casi la misma edad que el músico, dos o tres años menos quizá. Luchó en un par de guerras —la Segunda Mundial en Italia y la de Corea en Corea—, y vive con relativo desahogo gracias a la pensión que puntualmente le pasa el Gobierno, así como a una gasolinera heredada de su madre en Glendale, cuyas rentas no

llegan con tanta regularidad pero acaban por hacerlo, *anyway*.

Hombretón fuerte aunque no demasiado alto, Babe presume de ascendencia irlandesa; de ahí que se divierta ahora con los primeros éxitos argentinos en las Malvinas y brinde por cada barco hundido a sus primos de allende los mares. Casado dos veces y viudo de la segunda esposa, hace tiempo que decidió ponerse el mundo por montera y pasar del resto de la familia: un par de hijos casados a su vez, ambos con descendencia, quienes no aprueban el estilo de vida del progenitor —*just fooling around*, según ellos—, por lo cual éste procura echárselos a la cara lo menos posible: el Día de Acción de Gracias, Navidad, el Cuatro de Julio en todo caso, y pare usted de contar. Con uno, sin embargo, lo tiene difícil pues vive en el mismo *manor house*, subido a su cogote como quien dice, en un apartamento gemelo, herencia irlandesa igualmente.

Babe disfruta de bastante buena salud para sus años; come de todo, hace ejercicio en un club de veteranos de guerra donde nada cada lunes y cada jueves, y le gusta bailar, en particular *be-bop*, *boggie-woogie* o ritmos por el estilo. Glenn Miller, ni que decirlo tiene, le vuelve loco: *On the Mood*, *Chattanooga Choo-choo*, *Pennsylvania Station*... Bing Crosby le hace llorar cuando escucha el *Galway Bay* o aquel «Lula-lu-la-ru-ra» de *Going my Way*, y considera a Mickey Rooney su álder ego, sobre todo en cuestión de chicas, de *dolls*, como él sigue llamando a cualquier fémica por debajo

de los cincuenta. Su casa, demasiado amplia y espaciosa para un viejo solo, apenas registra más ornato que antiguas estampas de *pin-ups* al gusto de las del chileno Vargas.

—Cualquier día van todas al tacho de la basura —anuncia Rosita aun cuando nunca se atreva a cumplir tal amenaza porque ella, bien mirado, sólo es una asistente.

Con la mayor suavidad, sin que nadie caiga en la cuenta, Roxie y sus «muchachos» enlazan una pieza con otra. Ahora, por ejemplo, acaban de pasarse al *For Me and My Gal*, y como ésta se la sabe todo el mundo, Babe la canturrea desde el principio.

*The bells are ringin', for me an' my gal,
the birds are singin' for me an' my gal...*

Luego el hombre extiende su mano derecha por encima de los platos del postre apenas mediado —sándia él, y crema ella—, y Rosita le concede la suya para dejarse conducir a la pista, metro y medio más allá. Roxie canta también:

*Everybody's been knowin', to a weddin'
they're goin'...*

Rosita es de Córdoba, ¡argentina hasta la muerte!, según le gusta precisar aunque nadie lo haya puesto en duda, y además de ejercer como ama de casa modélica, irradia alegría y animación casi sin proponérselo, lo

cual no deja de tener su mérito, habida cuenta de que el cuitado René peca justamente de lo contrario.

No es buena moza ya —tampoco debió significar gran cosa en su juventud— pero sigue luciendo cierto atractivo, pese a la estatura, más bien corta y acorde por tanto a la de Babe. Se desenvuelve con gracia y, sobre todo, dispone de una sonrisa incitante —*very latin*, en opinión del veterano—, que ella maneja con maestría cual si de un abanico colonial se tratase.

*An' someday I'm gonna build a little
home for two,
or three or four, or more,
in Loveland, for me an' my gal...*

La fidelidad de ambos al Sterling's, pues vienen dos veces por semana cuando menos, les ha deparado cierta popularidad entre los demás habituales del establecimiento, con los cuales intercambian saludos, bromas y, los hombres, a la hora de bailar, su pareja también. Ahora mismo, al terminar la vieja canción y comenzar Roxie con los primeros compases de la siguiente, uno de los émulos de Fred Astaire próximos a Babe le mira y enarca sus enormes cejas negras con aire de amistosa interrogación, sin que sea necesario más para que ambos procedan al trueque. Rosita se deja llevar de mil amores por el nuevo caballero aun cuando, eso sí, antes de abandonarse a sus fantasías coreográficas, cruce una sonrisa con Babe, sonrisa correspondida de antemano porque él ya la estaba esperando.

Ahora se trata de una vieja samba, anterior incluso a Carmen Miranda —*Tico Tico no fubá*—, que tanto Roxie como el propio Babe canturrearán en inglés:

*Oh, Tico-Tico, Tick, oh Tico-Tico, Tock,
this is Tico Tico, he's the cuckoo in my clock...*

De pronto, el veterano se detiene y, como si el ritmo brasileño le hubiera mareado, suelta el brazo de su pareja al tiempo que se excusa.

—Perdone..., no me encuentro bien. ¿Le importa?

La mujer se apresura a manifestar que no, claro, y ambos van hacia la mesa de ella, donde Babe la deja sin esperar siquiera a que tome asiento —lo cual choca con su cortesía habitual—, para correr a la puerta de los lavabos, situados al fondo. Rosita no ha reparado en el incidente, embebida como está en seguir las florituras que le marca su actual *partner*, el de las cejas, y éste bastante tiene con lucirse ante ella.

*If I'm on time, cuckoo,
But if I'm late, woo-woo!*

El citado René representa un tipo humano antípoda en casi todo al de su costilla. Porteño gigantesco, bigotudo, amable hasta rozar lo melifluo —un *vulevú*, le llama Rosita— y huevón para adoptar cualquier iniciativa, requiera o no movimiento físico por su parte.

Hasta hace un par de años ostentaba cierto negocio de pequeños rótulos comerciales —*Yes, We're Open; Sorry, We're Closed; Rest Rooms; Se Habla Español*, etc.—, pero lo perdió, luego se verá cómo, y ahora trabaja de conserje en un edificio de apartamentos cercano a La Cienega Boulevard —sí, sí, La Cienega—, tras cuyo largo mostrador arrastra los pies de un extremo a otro en interminables jornadas de ocho horas justas.

Costándole tanto mover el solomillo, se comprende que el rechazo de René hacia el baile haya sido siempre rotundo. Cuando, en la sobremesa de los pocos días que comen juntos, Rosita se arranca con la música de la radio para marcarse toda suerte de boleros, valeses, sambas y, por supuesto, tangos, el marido dormita, espatacado sobre el sofá de amapolas gigantes que un día eligiera ella misma como regalo de boda de sus cuñados porque las flores le vuelven loca, y cuanto más grandes sean, mejor. Hasta que él decide entreabrir ojos de besugo degollado para repetir su apostilla preferida:

—Me casé con una «galdrufa».

Con todo y con eso, quien pensara en desafecto o menosprecio hacia su cónyuge, se equivocaría de medio a medio. Porque desde un principio Rosita le ha gustado mucho y, aun cuando no hayan tenido descendencia, lo cual le apena si se pone a pensarlo, nunca dejó de asombrarse ante el hecho de que una criatura tan animada y hasta cierto punto radiante, accediera a casarse con él, habida cuenta de las diferencias, todas a favor de ella, por supuesto, que desde un principio les separaron.

Sólo existe un tema capaz de hacer saltar a René como por resorte y llevarlo a la acción *right away* o, al menos, embarcarlo en discusión sin cuartel con el más pintado: las carreras de caballos, y cuanto pueda relacionarse con ellas. Afición surgida en la pubertad sin que nadie, ni él mismo, sepa explicar bien cómo puesto que nunca se dieron en torno suyo los condicionamientos familiares o ambientales —de barrio, de escuela— capaces de justificarla.

Ya de niño, René conocía una infinidad de datos y anécdotas de carácter hípico, tanto del presente como del pasado, y tanto en relación con el *turf* argentino como, por extensión, del norteamericano e incluso del europeo también. Apenas usó pantalones largos, aprovechando que su estatura le hacía parecer mayor, comenzó a deambular alrededor de los hipódromos mañana y tarde, tratando de meter cabeza en cualquier corrillo y apostando si tenía con qué, pues no estudiaba ni pegaba sello en quehacer alguno, por lo cual solía andar a la cuarta pregunta. Era de los que, a la manera de quienes siguen a los toreros sacados a hombros con el propósito de arrancarles bordados de la taleguilla, arrancaban o cortaban cerdas a la cola del caballo ganador mientras lo empujaban hacia el paseílo. No porque éstas se pudieran vender como el oro de aquéllos, sino para sujetarlas en una cartulina con el nombre y la fecha correspondientes, y enmarcar el conjunto después.

Su traslado a California —«me facturaron acá», suele confesar él, en referencia al patadón familiar que

le catapultara diez mil kilómetros p'arriba—, sólo sirvió de acicate a fin de cuentas pues, aun sin salir del Orange County, aquí disponía de varios hipódromos en pleno rendimiento, más la promesa de inminente remodelación del de Santa Anita, sede catedralicia de todos ellos, tras haber sido utilizado durante la guerra como campo de vigilancia para americanos de origen japonés.

Tamaña pasión habría de alcanzar su cenit cuando René, de forma poco menos que inesperada, se vio propietario de todo un caballo de carreras, un auténtico purasangre, como siempre prefiriera calificarlo él.

La idea de comprar a Otario —ése es, o ése era al menos, el nombre oficial del caballo pese al dolor que le produjera a René oír llamarlo así de continuo—, no fue suya sino del socio que le salió al paso cuando menos lo esperaba también. Un tipo arguellido, guasón y malaleche, conocido en el circuito como Skippy, que en días remotos tratara de ser *jockey* dada su insignificancia física, sin llegar a conseguirlo por cuanto para montar purasangres hace falta bastante más que pesar poco.

Desde entonces, el tal Skippy había ejercido cualquier clase de menester en torno a las cuadras: intermediario, preparador improvisado, correveidile de apuestas e incluso cronista esporádico, «negro» a decir verdad, pues era otro quien redactaba sus opiniones, sin citarle nunca aunque le diese alguna propinilla a cambio. En total, un tercio de siglo saltando de garito en garito y de proyecto en proyecto, llegando a dormir

en más de una caballeriza si las cosas se ponían mal; perpetuamente a la caza del negocio redondo —del pelotazo hubiéramos dicho nosotros por aquellos mismos años—, que le situara de una puta vez en el candelero.

Ambos se conocían de vista porque el argentino, una vez en California, además de acudir a los hipódromos y apostar cuando podía, siguió con la rutina de moverse por el cotarro hípico —el «circuito» lo llaman ellos, ampliando el sentido estricto del vocablo— como si formara parte del mismo, pontificando a diestro y siniestro, haciendo cábalas en alta voz o fanfarroneando con quien se prestara a darle cancha, lo que no es fácil de conseguir pues el tal circuito resulta bastante más cerrado de lo que pueda parecer desde fuera. Todos o casi todos se conocen entre sí, saben qué papel juega cada cual en la función, y no suelen actuar de bóbilis para la galería.

Pero cierta noche en que Skippy andaba solo y desalentado por los resultados de la jornada, rompió en lamentaciones con el *barman* del Roscoe Goose's, un par de bloques al oeste del mismísimo 265 Huntington Ave., es decir, del antiguo rancho de Santa Anita. Y como René osara intervenir en apoyo del cliente, abundando en sus argumentos, éste acabó por dirigirse a él con aceptable acento pero traduciendo del inglés a ojos vistas.

—¿Sós arsentinio?

Skippy —su nombre legal no ha contado nunca ni a nadie le importa pues en el circuito casi todos se las

bandean con motes o apodos—, había trabajado para porteños en más de una ocasión y, según él, aún conservaba buenas relaciones «ayá» abajo, las cuales, llegado el caso, seguro que se mostrarían encantadas de echarle una mano.

Los tratos hípicas con Argentina nunca fueron novedad al norte de Río Grande. Sus caballos han gozado por lo general de prestigio, sobre todo después de que algunos de ellos alcanzasen cotas casi legendarias en la historia del *turf* norteamericano. Sin ir más lejos, tanto Skippy como René recordaban o habían oído hablar del triunfo de Kayak II en el Santa Anita Handicap de 1939. Comprado en Buenos Aires por un agente del cantante Bing Crosby y entrenado en Los Ángeles, disputó la carrera más famosa de la West Coast, registrando su retransmisión el mayor éxito de la radiofonía argentina hasta la fecha. En algunas ciudades llegó a pararse el tráfico, muchas oficinas concedieron media jornada de asueto a sus empleados y los parques quedaron desiertos. Todo el país contuvo el aliento para entregarse al delirio minuto y pico después, cuando los locutores subidos ex profeso hasta California cantaron victoria. Desde el aterrizaje del *Plus Ultra* en el Río de la Plata, trece años antes, nadie recordaba algo parecido.

En los tiempos actuales, los de esta historia, y dada la desastrosa situación económica del Cono Sur, las relaciones hípicas con Argentina, un tanto encogidas a partir de la Segunda Guerra Mundial, volvieron a registrar una relativa recuperación. Por otro lado, René —para

quien solamente el hecho de que le vieran discutir asuntos con Skippy implicaba ya todo un ascenso en el escalafón hípico— contaba con algunos dólares ahorrados y, en particular, con dos hermanos en la enorme provincia bonaerense que seguramente se avendrían a colaborar, siempre y cuando el asunto reuniera garantías, por supuesto.

¿Garantías? Eso era justo lo que sobraba en aquel caso, según Skippy se encargó de demostrar al día siguiente con un alarde de números, estadísticas y recortes de prensa, todo afanosamente expuesto en el rincón más discreto —no fuera a inmiscuirse cualquier curioso— del citado Goose's Bar. El argentino quedó convencido, llamó a Buenos Aires esa misma noche, y para allá se fue la pareja, sin firmar papel alguno, una vez que la familia de René, tal y como éste había previsto, confirmase cierto interés en principio.

En La Plata, tras mucho mirar y remirar, los nuevos socios acabaron por comprar dos potros, uno de tres años, Goloso, y otro de poco menos, Halcón, éste rebautizado a las primeras de cambio como Otario a partir de que los hermanos de René subrayaran que la odiada Policía Especial de la Dictadura, todavía en danza, utilizaba para sus sanguinarias correrías veloces y duros vehículos Falcon —es decir, «Halcón» en español—, por lo cual preferían cualquier otro nombre para el caballo.

El nuevo —idea de Skippy— hizo gracia a todos menos a René, que intentó rechazarlo por considerar que podría traer *yeta* a todo un futuro campeón el hecho de ser rebautizado. Tal postura, sin embargo, se

debía al auténtico flechazo, súbito e irracional como cualquiera otro, que el rotulista sintió por el caballo apenas se lo echó a la cara, y a la sospecha de que los demás trataban de rebajarlo con un epíteto tan poco airoso por no decir insultante.

—Hay que saber entenderlo. El primer caballo marca mucho —habría de afirmar en su descargo Duke, el entrenador que, una vez en Los Ángeles, contrataran por decisión de Skippy.

Fina estampa no le faltaba al animal, desde luego. Y ello pese a resultar un tanto bajo de alzada, como pudieron apreciar todos cuando el vendedor, o su agente, lo sacaron de la brida para que evolucionase en la *pelouse* ante un grupo formado por los compradores, algún viejo compinche de Skippy y el correspondiente mozo de cuadra.

Pesaba alrededor de media tonelada, quizá demasiado para su altura, pero disponía de un tórax amplio, lo cual implicaba amplios pulmones a su vez y, según los cuidadores, gozaba de muy buen carácter. Se hacía querer por cualquiera, en particular cuando se le ofrecía alguna chuchería, pues era un tanto glotón, más que su colega Goloso pese al nombre de aquél, y en cuanto a la calidad sedosa de la pelambre tostada saltaba a la vista. Con una buena preparación, algo de lo que hasta entonces no había llegado a disfrutar, aquel animal podría rebasar con facilidad los setenta kilómetros por hora.

—¿Cuánto es eso en millas? —preguntó Skippy, a quien el sistema métrico decimal nunca se le había dado bien y, además, presumía de ello.

Lo notable del caso es que el potro, todavía de primer bocado, demostró desde el primer momento idéntica inclinación por René. Le miró un par de veces, de reojo, y bajó la testa como quien no quiere la cosa, según suelen hacer los caballos en general y los de carreras en particular, pues éstos andan siempre a la caza de un amo para quien correr a gusto. Y cuando tras salir airoso del examen y ser devuelto a las caballerizas, se asomó por el hueco del portón para apoyar su frente en la del rotulista —ambas quedaban a la misma altura—, ignorando así al resto de los presentes, René sintió que se le ponía piel de gallina. Trató de sonreír, avergonzado por tan obvia preferencia, y palmeó varias veces en silencio el cuello de aquel amigo que acababa de apoderarse «for ever» de su lacio corazón.

Goloso costó siete mil dólares y Otario, ocho. Fueron enviados por barco a Miami —cinco mil dólares más—, y de allí los transportaron sus flamantes propietarios hasta L. A., a bordo de un *van* plateado, adquirido sabe Dios de qué mano en subasta pública —otros seiscientos—, que Skippy, amigo de poner nombre a todo, llamó desde el primer momento Clipper, por sus pujos aerodinámicos, y cuyo volante hubo de manejar, tanto de día como de noche. René nunca había querido aprender a conducir, siendo Rosita quien se viera obligada desde un principio a hacerlo por él.